

Gabriela Mistral en Madrid

Admitamos que ahora se lee poco, acaso muy poco, a Gabriela Mistral. Una escritora que gozó —hace cincuenta años, por fijar de algún modo la lejanía temporal— de una popularidad extraordinaria: su figura llegaba incluso a despertar devoción entre las gentes sencillas, tal vez porque movilizaba algunos de sus sentimientos más profundos desde una posición doblemente marginal (como mujer y mestiza) aunque llena de orgullo. En cualquier caso, se trataba de una popularidad que resulta impensable ahora mismo para un poeta, *ridículo* diría Enzensberger, cuando hay otro tipo diríase de profesionales, que no poetas, encargados de proyectar esos sentimientos primarios del ser humano —el dolor, el desamor, la amistad, la patria— en una nueva dimensión comunicativa.

Por otra parte, la obra mistraliana supuso el adecuado pretexto para el reconocimiento académico de la valía de la literatura hispanoamericana: me refiero, naturalmente, a la concesión del Premio Nobel de Literatura a la poetisa chilena el 10 de diciembre de 1945. Era la primera vez que se concedía este premio a un escritor hispanoamericano y era también la primera vez que se concedía, en lengua española, a una mujer. De modo que ese Nobel a Gabriela Mistral tiene algo de pionero, de fundacional que inevitablemente alcanzó a su autora, para bien y para mal, en cuanto a la estimación tanto culta como popular que se hizo de su obra.

Admitamos, pese a todo, que Gabriela Mistral no goza tampoco actualmente del favor crítico. No demasiado, al menos. Un breve recorrido por la bibliografía crítica de su obra, en verso y en prosa, nos permite observar que buena parte de dicha bibliografía se concentra en torno a la década de 1950, y es lógico, pues la mayor parte de las publicaciones responde a la demanda editorial que desencadena la concesión del Premio sueco y se cierra con su muerte, ocurrida otro día 10,

aunque de enero, de 1957 en el hospital de Hampstead, muy cerca de Nueva York. Algunos de los principales estudios acerca de su vida y su obra datan de esos años: pienso en Alone (1946), Norberto Pinilla (1946), Cinto Vitier (1957), Raúl Silva Castro (1957), Gastón von dem Bussche (1957), Julio Saavedra Molina (1958)...

Desde entonces, parece que una tenue pero firme capa de olvido ha caído sobre la escritora. Y es que, como bien observa el escritor y ensayista chileno Mario Rodríguez Fernández¹, un cierto velo anacrónico recorre la obra mistraliana, en la forma no menos que en los contenidos, añadiría yo. En su poesía hay imágenes altisonantes, un dramatismo un tanto marchito, rimas predecibles, sonsonetes, invocaciones religiosas, imprecaciones..., estilemas que alejan, en fin, la sensibilidad del lector actual del lenguaje poético empleado en *Los sonetos de la muerte*, por ejemplo, y contribuyen a reafirmar los tópicos de primitivismo y tradicionalidad que se han tejido, no sin razón, en torno a su obra. Pero también los contenidos de su poesía resultan aparentemente poco atractivos hoy día: su ansia maternal, su sentimentalidad dominada por absolutos, la poesía para niños, el recurso a Dios como narratario de la fraseología mistraliana, su referencia constante a la naturaleza... son circunstancias que de nuevo reafirman al lector en esa impresión de anacronismo de la que hablábamos. Y sin embargo, me atrevería a afirmar que no es más que una impresión superficial bajo la cual late una deslumbrante experiencia de mujer comparable a las que nos ofrecieron en su día George Sand, Carolina Coronado o Concepción Arenal, por citar tres ejemplos disímiles. Si bien se trata, en la escritora chilena, de una experiencia mucho más dolorosa por lo general, todo hay que decirlo, y muy insatisfecha si nos atenemos al espíritu de los célebres eneasílabos de su balada «Todas íbamos a ser reinas»: «Todas íbamos a ser reinas, / y de verídico reinar; / pero ninguna ha sido reina / ni en Arauco ni en Copán» (Tala). La suya, en fin, es una voz poética autónoma, independiente, original, impulsiva, que vincula esa experiencia de mujer a una actitud ante el mundo y la vida de mayor calado intelectual que las proporcionadas por Alfonsina Storni, Delmira Agustini o Juana de Ibarbourou, por citar a tres poetisas de su mismo grupo generacional, a menudo etiquetadas conjuntamente por pura coyuntura historiográfica.

De manera que sería conveniente una revisión en profundidad de su poesía, *jibarizada* casi (la expresión es de Jaime Concha) en beneficio de algunos motivos biográficos repetidos hasta la saciedad. Las primeras lecturas críticas que se hicieron en vida de la autora estuvieron condicionadas por las circunstan-

1. En un excelente artículo: «Gabriela Mistral: la antimalinche», publicado en la revista *Atenea. Ciencia, arte y literatura* (1989), Chile, Universidad de Concepción, pp. 131-139.

cias trágicas que rodearon a Gabriela en los años de escritura de *Desolación* hasta fijar de un modo excesivo las posibles interpretaciones de su obra posterior: no se leyó bien *Tala* (Buenos Aires, 1938), por ejemplo, precisamente porque rompía con su poesía anterior y resultaba desacorde con ella. ¿Qué lugar le corresponde, pues, objetivamente y en términos literarios, en la poesía contemporánea? Es cuestión que no pretendo responder aquí, aunque la encuentro muy interesante y tal vez prosiga con ella. En muchos sentidos, Gabriela Mistral es todavía una gran desconocida para nosotros: la bibliografía sobre la autora, parte de ella francamente desdeñable, incide una y otra vez en idénticos pasajes biográficos: el oscuro episodio del suicidio de Romelio Ureta Carvajal (su amor de juventud), el todavía más oscuro suicidio de su sobrino llamado familiarmente Yin-Yin, su maternidad frustrada, su difuso credo americanista, su desgarrado aspecto... Algunos trabajos adoptan un tono fervoroso y apologético muy descaminado y poco orientador: entre ellos sobresale por su desacierto el estudio preliminar de Esther de Cáceres a la edición de las *Obras Completas* de Aguilar (edición de 1964). «Santa Gabriela Mistral» llegó a titular su estudio (Quito, 1956) el ensayista ecuatoriano Benjamín Carrión. Aunque quién sabe, es cuestión de que Juan Pablo II se entere: no creo que se hiciera rogar demasiado para canonizarla.

II

Sin embargo, cuando me he interesado por estudiar su principal estancia en Madrid —entre 1933 y 1935— para este Congreso, todo han sido dificultades: vagas referencias, sombras, alusiones, cortinas de humo, elipsis, informaciones erróneas... Pese a que la presencia de Gabriela Mistral en Madrid, cuando se hizo cargo del Consulado de su país, no pasó precisamente desapercibida entre nosotros, hasta el extremo de que se vio obligada a renunciar a su cargo, que fue ocupado de inmediato por otro poeta: Pablo Neruda, por entonces (hablo del año 1935) cónsul adjunto de Chile en Barcelona y más que ansioso por lograr su traslado a la capital, adonde llega oficialmente en septiembre de 1935, y no en febrero, como señalan sus biógrafos. ¿Existía rivalidad entre ambos escritores? No parece que la hubiera abiertamente, aunque éste es el motivo insinuado por Carmen Conde en su exigua biografía de la poetisa, cuando escribe:

«Pablo Neruda era cónsul de Chile en Madrid también. Dos cónsules nada menos poetas, coincidentes en tiempo y espacio. No había mucha inteligencia entre los dos. Los separaban abismos, quedando ellos como cima de los mismos. Los amigos de uno no lo eran de la otra, salvo excepciones muy contadas» (1970: 63).

No es cierto que ambos coincidieran en Madrid como cónsules, pero sí que Neruda pasaba en la capital mucho más tiempo del que podría suponerse si pensamos que tenía su empleo de cónsul adjunto en Barcelona. Pero era Madrid el principal objetivo de su carrera literaria. Y, en efecto, las amistades e influencias literarias de ambos eran bien distintas. El círculo de García Lorca, de Alberti, Manuel Altolaguirre, Vicente Aleixandre, Miguel Hernández y tantos con los que Neruda se identificó rápidamente permanecían ajenos e indiferentes a la escritora. Su círculo era mucho más restringido y su vida social escasa: las mujeres del Lyceum Club Femenino, Carmen Conde, su marido, Antonio Oliver Belmás, Consuelo Bergés, Concha Zardoya, Benjamín Jarnés, el canciller de la embajada y también poeta Luis Enrique Délano, Guillermo de Torre, Clemencia Miró, Victoria Kent... y poco más, creo. Así lo recuerda el periodista César González Ruano en su fría evocación de la escritora chilena, de la que extraigo el siguiente fragmento:

«Cuando G.M. vino a España, todos sabíamos, literaria y aun personalmente, quién era. Lo que no sabíamos es cómo era físicamente aquella extraña mujer, de la que yo he dicho en mis Memorias que parecía un sacerdote indio hinchado y tostado. Debió estar G.M. en Madrid desde el año 1932 al 35, como cónsul de Chile. Yo recuerdo confusamente una visita que la hice a casa, que era un ático, o al menos un piso muy alto, de la calle de Menéndez Pelayo. Hacía en nuestra capital escasa o ninguna vida literaria. Era retraída y en su trato no intentaba vencer una cierta antipatía varonil de sus ademanes y de su voz. Creo que ya había estado G.M. en España y que no la caracterizaba una gran debilidad hacia nada nuestro. Recuerdo que yo hablé de su paisano el poeta Neruda y que ella me desvió la conversación, dándome claramente a entender que Neruda no era persona de su agrado» (1956: 83-84).

Neruda prefería Madrid; Gabriela, muy rubeniana en eso, prefería Barcelona, y se deshacía en elogios para con ella. Hasta el extremo que estuvieron a punto de permutar sus respectivos consulados ante la lentitud del gobierno chileno para atender los deseos de ambos, perfectamente compatibles, por otra parte. (Y así lo confirma una carta de Gabriela a Pedro Aguirre Cerda fechada en Madrid, a primeros de 1935, como hace suponer la cronología interna del escrito.)

En el fondo de todo análisis o investigación existe un deseo por descubrir algo nuevo que nos ayude a comprender el alcance de una obra literaria. En mi caso, la pregunta era ¿Qué fue de Gabriela Mistral en Madrid? ¿Repercutió eso en su obra posterior? Porque lo cierto es que las biografías consultadas, no menos de diez, se ocupan prolijamente de los primeros años de su vida, hasta la publicación de *Desolación* fundamentalmente y en cambio desatienden por completo su biografía posterior, descrita de un modo opaco y convencional: parece que la mujer ya hecha no interesa tanto como la muchacha por hacer. Y cuando las referencias son más sustanciosas y expresivas, dejan al interesado con la miel del

conocimiento de los labios: pongo por caso las que hace sobre la escritora el biógrafo de Neruda, Volodia Teitelboim, que dice al respecto:

«Como sucede en los filmes de aventuras, el cielo parecía sereno (refiriéndose al buen entendimiento que existía entre Mistral en Madrid y Neruda en Barcelona) hasta que un día lo partió un rayo. Truenos y centellas, intrigas y maldiciones llueven sobre la cabeza de Gabriela Mistral. El Mercurio publica alguna crónica que sirve como cabeza de proceso. Se la acusa que habla con desparpajo y opina con una libertad incompatible con sus responsabilidades consulares. Por naturaleza, ella es franca y punzante. Murmuran o pontifican que su amor a la verdad dicha en voz alta, seguramente ha herido al país en que está acreditada. La sentencia es inapelable: debe abandonar España» (1984: 149).

Aunque menos dicen las memorias de Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, donde no hallamos la menor mención a las razones que motivaron su rápido traslado a Madrid: un silencio absoluto, que no sabría calificar, cubre el episodio.

Algo menos parco había sido Julio Saavedra Molina en su estudio sobre la escritora: «No era un misterio para nadie —comenta a propósito del *affaire* madrileño— que la poetisa profesaba pocas simpatías a los españoles» (1958: CXXXIV). Cosa que años más tarde confirmará, entre otros, Ciro Alegría, amigo de la escritora en su etapa norteamericana y autor de un libro de recuerdos sobre ella: Gabriela Mistral íntima, cuando refiere una acalorada discusión, mantenida en su casa de Santa Bárbara, sobre la influencia de los conquistadores españoles en América, muy perniciosa en opinión de Gabriela². Ella se mantenía pues firme en su postura contraria a la colonización española, que ya treinta años antes le había causado grandes quebraderos de cabeza con Federico de Onís, el editor de su primer libro de poemas (*Desolación*, 1922): «este archigodo —escribirá G.M. años después— no podía digerir el hecho palpable de que aún existamos los mestizos y los indios»³.

He mencionado que la principal estancia de Gabriela en Madrid es la correspondiente al bienio 1933-1935, cuando se ocupa de su cargo consular. Sin embargo, no es la única, aunque sí la última. La primera data de 1924, cuando acabada la misión que la llevó a México en 1922 de la mano de José Vasconcelos sale del país azteca antes de tiempo, dolida por los maliciosos comentarios de

2. «La conversación cayó luego en América —refiere Ciro Alegría—. Gabriela comenzó a decir lindezas de los conquistadores españoles y elogios máximos del pueblo indio. Era conocido que, abordando tales tópicos, se había vuelto apasionadamente notable» (1989: 46).

3. En carta a Palma Guillén (Lisboa, 1935): véase *Antología Mayor* (en adelante *A.M.*), Ed. de Luis Alberto Ganderads, Santiago de Chile, Lord Cochrane SA, 1992, vol. III, p. 232. Lamentablemente sólo he podido consultar esta obra, en adelante indispensable para la crítica mistraliana, de manera muy parcial.

algunos colegas mexicanos que se negaron a reconocer su labor y su valía como reformadora de la enseñanza, apodándola «la extranjera» (así se titula uno de los poemas de Tala, de intenso aroma autobiográfico).

Viaja entonces a Estados Unidos y Europa: su estancia en España se corresponde con los últimos meses del año y en febrero de 1925 embarca en La Coruña para Valparaíso. Sabemos que el PEN Club de Madrid le ofrece una cena de homenaje el 16 de diciembre de 1924, en el célebre *Lhardy*: en nombre del presidente de la sociedad interviene Enrique Díez-Canedo, quien sólo tiene palabras de lírico elogio para Gabriela, por entonces, sin embargo, autora de un único libro: *Desolación*:

«Gabriela —concluye Díez Canedo su intervención—: los que hoy nos reunimos aquí, en derredor de esta mesa que usted preside, vamos por el mundo, cada cual con su quimera y su fe, y tomamos parte en las disputas de los hombres; pero a todos un ideal nos guía. Lo entrevemos detrás de una nube o lo vemos brillar en cielo claro; hoy nos regala su luz y mañana la esconde. Necesitamos voces como la suya, Gabriela, que nos animen a concertar la ronda infinita que pase por las calles agitadas y por las campiñas estremecidas, cogidos todos de las manos y cantando en coro, para que nadie deje de oírla, la canción del espíritu» (1983: 261).

Otro escritor, Eduardo Marquina, le dedica a continuación unos versos llenos de fervor. A ellos, Gabriela responde con un himno o canto a España que no suele figurar en las antologías poéticas de su obra. (Véase, sin embargo, la edición fraudulenta que se hizo de su poesía con el título de *Nubes blancas*; el libro irritó sobremanera a la poeta, pero contiene el poema en cuestión, escrito en alejandrinos y titulado «Salutación»⁴). Alberto Insúa, otro miembro del PEN Club y asistente a la cena (y de quien he obtenido parte de la información), la recuerda como sigue:

«Gabriela me pareció —¿cómo le diré?— no muy femenina, una de esas mujeres graves y tristes, sumidas en sus nostalgias amorosas y sus sueños que se olvidan del tocador y a las que no les importan los hombres en lo corpóreo. (A ella sólo le importó uno, y le importaban los niños, los de las otras.) Era la maestra, la “maestría rural”, y mejor que su traje sastre, gris, y su media melena, también gris y opaca, le hubiesen sentado las tocas y el hábito de Santa Teresa, de quien no copiaba la sonrisa» (1959: 364-365).

Lo cierto es que la cita precedente sugiriendo la figura de Gabriela Mistral como la de una santa laica es compartida, prácticamente, por todos cuantos se acercaron a la escritora: su porte serio y austero, su amor por el Antiguo Testamento y la sensibilidad religiosa que emana de su obra son algunos de los aspectos que desde luego debieron inducir a verla de ese modo.

4. Y donde hallamos a una Gabriela desconocida: «Soy vuestra, y ardo dentro la España apasionada / como el diente en el rojo millón de la granada» (en *Nubes blancas*, Barcelona, Bauzá, col. Apolo, 1925, p. 208).

Sabemos también que para esta fecha, diciembre de 1924, ya estaba en las librerías madrileñas su segundo libro, *Ternura*, subtítulo *Canciones de niño*, que la editorial Calleja edita recogiendo las poesías infantiles de *Desolación*: los cambios son mínimos, de modo que propiamente no es un libro distinto, sino parte del ya escrito. En un colofón firmado en Petrópolis en 1945 y que acompaña una reedición de *Ternura*, Gabriela Mistral incluirá un jugoso comentario:

«Una colega española se burlaba alguna vez del empeño criollo en forzar la poesía popular, provocando un nacimiento por voluntad, o sea un aborto. La oía yo con interés: un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo cabo sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada. Pero, ¿qué quieren ellos que hagamos? Mucho de lo español ya no sirve en este mundo para gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastados con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar posesión del sobrehoz de la Tierra Nueva. La empresa de inventar será grotesca; la de repetir de “pe a pa” lo que vino en las carabelas, lo es también. Algún día yo he de responder a mi colega sobre el conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel en el coloniaje verbal» (1986: 107).

No la respondió nunca, pero ahí está una muestra, otra, de su actitud siempre recelosa, siempre en guardia, con lo español.

En el otoño de 1928 viaja de nuevo a España (¿Madrid?), para asistir al Congreso de Mujeres Universitarias como delegada de Chile y Ecuador. Hay muy pocas noticias de esa fugaz estancia. Como decía, la más larga entre nosotros corresponde a su etapa consular, de 1933 a 1935. Cuando Gabriela Mistral llega a Madrid, después de una breve estancia en Barcelona, cuenta cuarenta y cuatro años de edad y su experiencia diplomática es francamente escasa. Además, ha empezado con mal pie: pertenece al cuerpo consular desde hace un año y su primer nombramiento como cónsul del Gobierno de Chile en Nápoles ha quedado en nada, pues la ley italiana impide en ese momento a las mujeres desempeñar este tipo de cargos. Es un hecho que molesta lógicamente a la escritora y así lo manifiesta en una carta a Dominique Braga, fechada el 10 de noviembre de 1932:

«... Me vine a Nápoles, nombrada cónsul de mi país. Me he dado tres meses de trabajo por aprenderme un oficio nuevo... y el señor Mussolini resulta rechazar a las mujeres en esos cargos, con lo cual, y a pesar de las cortesías de Relaciones, yo he debido renunciar»⁵.

El paso siguiente, y en realidad el primero, oficialmente hablando, de su vida diplomática, es Madrid, adonde llega en julio de 1933 procedente de Puerto Rico. Se instala en un piso alto del núm. 11 de la avenida Méndez Pelayo y, según cuenta

5. Cito por el estudio de Marie-Lise Gazarian Gautier: «Gabriela Mistral, la maestra de Elqui», en *A.M.*, ob. cit., IV, 50.

Carmen Conde, desde los balcones de la casa se veía bien el Retiro⁶. A Madrid Gabriela había llegado como cónsul honorario sustituyendo a Víctor Domingo Silva y pese a que ostentaba la representación oficial de su país no percibía ningún sueldo por ello (de ahí el calificativo de honorario que acompañaba al cargo). Esa situación, que en mi opinión acabará siendo medular de su progresiva angustia y malestar en la capital española, se modificará a partir de 1935, cuando el Congreso chileno aprobó una ley especial, presentada por el propio presidente de Chile, Arturo Alessandri, por la cual se creaba para la escritora el cargo de cónsul, cargo inamovible y vitalicio, con sueldo, que Gabriela Mistral podría desempeñar en Europa o en América sin más obligación que la de avisar a su Gobierno del lugar donde deseaba instalarse. Dicha ley se promulgó el 17 de septiembre de 1935 y su rápida tramitación fue debida en parte a la petición que un grupo de escritores europeos (Maeterlinck, Duhamel, Romain Rolland, Ernest Curtius, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu...) habían elevado al gobierno chileno en favor de la escritora. Imagino que la idea de solicitar al presidente de Chile un cargo remunerado para Gabriela estaba vinculada al Comité de Cooperación Intelectual que por esos años se reunía periódicamente y con el cual había colaborado la escritora. Por desgracia, no he logrado encontrar ninguna referencia al asunto en el epistolario inédito de Unamuno (editado por Laureano Robles), pues, Unamuno era miembro del Comité aproximadamente los mismos años que la escritora chilena.

Sin embargo, ese nombramiento de cónsul de segunda clase —que se debe a la directa intervención de Arturo Alessandri— levantará ampollas en su país natal. Por lo visto, la prensa de Santiago publicó con grandes titulares la noticia de su «ascenso a cónsul general» (3 ó 4 grados más de lo que realmente se le concedió) y un sector de la sociedad chilena descargó una lluvia de opiniones contra Gabriela en los periódicos, criticando la oportunidad y justicia de dicho proyecto que fue considerado como un «privilegio» o una «regalía» abusiva:

«Ha dirigido la campaña —escribe Gabriela a Joaquín García Monge nada más llegar a Lisboa, en octubre de 1935— a ocultas D. Augusto D'Halmar, candidato perpetuo a este Consulado de Madrid. Silva Castro la ha coronado con un panfleto (que no crítica) que le llegará por allá. Sabía yo que esa gente me llama extranjera por ser una de las pocas criaturas criollas que van quedando en un país ya bastante sajonzado. Sabía que me odiaban por eso y por mi vida en Europa más el ruido exagerado y vano de mi pobre nombre que anda en los papeles.

Pero ignoraba el furor que puede levantar en una masa de escritores con sueldos bajos, un cargo remunerado de Cónsul de 2 clase, que se da a una persona que ya envejece»⁷.

6. Más tarde, y no sé por qué motivo, se trasladará a las afueras de la capital, a la llamada Ciudad Lineal.

7. *A.M.*, ob. cit., III, 225-226.

En la campaña orquestada por sus detractores a través de «El Imparcial» se silenciará que a lo largo de los veintisiete meses de su estancia como diplomática en nuestro país, la escritora vive de sus colaboraciones periodísticas y de lo que ha podido ahorrar del cobro de unas conferencias dadas en Estados Unidos y Puerto Rico. La situación finalmente le resultará insostenible y así lo expresa a Armando Donoso, jefe de redacción de «El Mercurio», en la malhadada carta que desencadenará una especie de proceso moral contra la escritora:

«Vivo aquí muy infeliz, sin ninguna alegría, cargada de visitas ociosas, que no dejan trabajar, oyendo bobadas de política o jacobina o sacristanera, en un clima malo que me ha aumentado el reuma y la presión arterial. No sé qué hago aquí. A menos, Armando, que sea lo que Ud. sabe: sostener, como si yo fuese Banco, el Cons(ulado) de una patria que tiene para pagar una Embajada perfectamente inútil y que no tiene vergüenza de un proceso de 2 años de casa que dejó su ex Cónsul. Tendría ahora otro ídem si yo no supiese trabajar. Mandé a Vd. ex-profeso aquella carta a D.C. Silva V. (aún no me responde) a fin de que Vd. supiese algo de mi vida verdadera. Sostengo con decoro esa oficina, ayudo a mi hermana en Chile, cargo el desastre de un hermano natural que ha hecho aquí antes pilatunadas amorosas, hago artículos de diario para ir comiendo, y espero, con una angustia caliente, que Chile se acuerde de que existo y que he hecho por él algo más que el personaje diplomático para merecer un sueldo decoroso de Cónsul de verdad, es decir, de carrera»⁸.

En parecidos y, por tanto, también agobiados términos se expresa a su amigo y antiguo protector, Pedro Aguirre Cerda. Leamos un breve fragmento de la carta citada ya más arriba:

«¿Cómo están ustedes? Yo saliendo de la pesadilla de la huelga revolucionaria española, que nos ha tenido en una gran tensión de espíritu. En Chile ignoran completamente la situación real de este país y cuando yo he dicho a algún amigo que mi vida aquí me es desagradable y que la pierdo lastimosamente, no me lo han creído. Es cosa de escribir un libro para explicarles la realidad española y yo no tengo tiempo de escribir cartas»⁹.

Y cuando ya, después del escándalo y de haber barajado otras salidas, está decidida a irse a Portugal como sea, y pide ayuda a su amiga Graciela Préndez, le comenta:

«Allá (Chile) nadie sabe, fuera de unos cuatro amigos, las condiciones indecibles en que me dieron y me mantienen este famoso cargo. Escribí, pues, al Presidente y a Relaciones, contándoles de una vez por todas que renuncié y por qué»¹⁰.

Y algo más adelante aparece el segundo motivo mistraliano, recurrente en las cartas escritas a lo largo de esos dos años de permanencia en Madrid:

8. *A.M.*, ob. cit., III, 216.

9. *Ibid.*, III, 220.

10. *Ibid.*, III, 223. Subrayado en el original.

«Ojalá eso salga (se refiere al Proyecto de reconocimiento de su labor con la concesión de un Consulado libre, con renta y vitalicio) y yo pueda irme de la dura Castilla antes de que venga el invierno.»

La carta está fechada quince días antes de la ratificación del proyecto, pero, como ven, cuando el Gobierno chileno decide retribuir su cargo, libre de responsabilidades, no lo hace *gratia et amore*, sino que responde, en primer lugar, a la fuerte presión ejercida por Gabriela a través de intelectuales, amigos y conocidos para que se solucione dignamente su problema. Un problema de dinero que, sin embargo, acaba convirtiéndose en algo peor: una sombra que empañará en lo sucesivo su vida profesional. En segundo lugar, con su traslado fulminante a Lisboa como cónsul de segunda clase en comisión de propaganda (oficio del 11 de octubre de 1935), el Gobierno chileno pretende atajar uno de los episodios más deplorables en la historia diplomática chilena provocado por un deliz imperdonable de la escritora. Ocurrió lo siguiente. Hemos hablado ya *grosso modo* de la situación de Gabriela en Madrid y de cómo dicha situación —el frío, criminal para su reuma; la falta de dinero; el descubrimiento de un sobrino que quedará en la calle y cuya responsabilidad viene a sumarse a las muchas que ya tiene; un futuro profesionalmente incierto... Todo eso, en fin, repercute en su vivencia negativa de la ciudad que la rodea: Madrid. No está, resumiendo, con ánimos para zambullirse en una realidad, la española, que vive momentos de intenso dramatismo. La II República, largamente anhelada, se había consolidado en medio de una crisis económica y política generalizada: tres meses después de la llegada de Gabriela, cae el gobierno de Azaña y se abre paso el llamado «bienio negro», que habría de durar poco más o menos lo que ella en Madrid, esto es hasta el 14 de diciembre de 1935, fecha de la disolución de las segundas Cortes de la República. Francamente, no pudo llegar en peor momento: a lo largo de esos dos años se sucedieron los gabinetes formados por Lerroux en colaboración con los cedistas. Su política fue cada vez más conservadora y alejada de las reformas apuntadas durante el bienio azañista, de modo que la crispación de la masa social —bien intuida por la escritora— fue en aumento. No es, claro está, el momento de analizar esa problemática etapa de la historia española, lo único que quiero resaltar es el conflictivo contexto político en medio del cual la escritora sufre sus propias desventuras domésticas. Nada era propicio.

III

Así, el 15 de mayo de 1935, aprovechando según dice un día de cama, escribe a sus amigos chilenos Armando Donoso y María Monvel. Será una larga carta manuscrita, cosa de 10 páginas, en la que Gabriela se desahoga y expone la «realidad» española una vez más, si bien ahora desde una perspectiva airada y

que, sin decirlo, clama venganza. Es una carta tremenda, durísima con los españoles, y desde luego impropia de alguien que está ejerciendo una labor diplomática, pero que hay que situar en un contexto de íntima desolación en que transcurre su vida entonces. Por lo visto, la gota que colmó el vaso de su paciencia fue una invitación de María Baeza a tomar el té en el Lyceum. Allí, entre pasta y pasta, la mujer del escritor Ricardo Baeza se despachó largo y tendido sobre su experiencia en Chile, país del que acababa de regresar con su marido y adonde ambos se habían trasladado en 1931 como embajadores de España. Habló María Baeza sin ningún miramiento de amigos y conocidos de Gabriela y de algunos chismes que la pobre dama conoció en su estancia santiaguina.

«Van allá estos desgraciados —escribirá vitriólica Gabriela al día siguiente— y Vds. les abren clubes, hogares, salones oficiales, prensa, etc., les dan las entrañas. Ellos vuelven contando una ciudad corrompida y grotesca, babeando aventuras de amor que son tragedias y que ellos no saben respetar; riéndose de la loca generosidad nuestra que ni cuelea, ni escoge, ni jerarquiza, lo cual no impide que hagan hispanoamericanismo de diario o de discurso. El español tiene una lengua tremenda (la de la novela picaresca) y es aún, y a pesar de la cultura, el hombre o la mujer de la novela picaresca. Yo no he oído a los franceses que de allá vuelven las sucias miserias que a estos desventurados charlatanes, que ni aman su sangre en la América, ni han sabido nunca que una honra personal o nacional, es una honra que se la trata con miramientos, o a lo menos sin bellaquería»¹¹.

Hubiera sido preferible que Gabriela respondiera como se merecía a María Baeza y asunto concluido, pero en realidad en el ánimo de la poeta chilena había cristalizado una incomodidad y animadversión hacia lo español. De manera que llovió sobre mojado y la lógica molestia ocasionada por una anécdota desafortunada se eleva a categoría: Gabriela injustamente generalizada.

«Vds. —prosigue la escritora— ven una tierra de escritores y yo en los países considero eso mucho menos que el pueblo. Vivo hace dos años en medio de un pueblo indescifrable lleno de oposiciones, absurdo, grande hasta noble, pero absurdo puro. Hambreado y sin ímpetu de hacerse justicia; analfabeto como los árabes vecinos (tan lamentable casta); inconexo: hoy republicano, mañana monárquico felipista; pueblo en desprecio y odio de todos los demás (...) Envidioso por infeliz y no por otra razón. No sé si perezoso, como dice el mundo europeo. Desorganizado hasta un punto que no se sabe decir. Pueblo de pésima escuela y de lindo hablar donoso; pueblo sin la higiene más primaria, sin médico, sin salario para curar hijo o mujer. Importándole poco o nada tener casa, tener vestido, tener alimentación suficiente.»

Me atrevo a señalar una manifiesta inadecuación de las palabras de Gabriela con respecto a la vida madrileña de los años treinta, muy tensa políticamente es

11. *Ibid.*, III, 216. Subrayado en el original.

cierto, pero de una más que notable fecundidad intelectual, ignorada por nuestra escritora de plano. El tratamiento hiperbólico de las descripciones, los errores de juicio, las continuas descalificaciones —«es fantástica la falta de inteligencia en el mujerío y el campesinado, parecen criaturas de tribu»—, ciertos absurdos paralelismos... todo hace pensar que la escritora, en sus apreciaciones, da rienda suelta a prejuicios adquiridos mucho antes de su estancia en Madrid¹². Para Gabriela, lo único que puede hacerse en Madrid es visitar el Museo del Prado. Después, irse. Le disgusta profundamente la vida española:

«es agria, desnuda, seca, paupérrima y triste para quien no viva metido en cafés, borracho de charloteo necio, zahumando la abulia para no verla y borrando con humo de cigarrillos la tragedia del país. Yo no gusto del toreo —prosigue Gabriela—, no me soportó un café, me importa la miseria del pueblo, me repugna la mentira de los patriotismos nuevos, y creo en la política como economía y no más».

En fin, como verán el texto no tiene desperdicio y cada afirmación suya un nuevo motivo de crucifixión. Y son 10 páginas. Gabriela Mistral concluye suplicante a Armando Donoso:

«¿Por qué no tendría Vd. lástima de mí y conseguiría el que me manden a vivir a un país visible?».

La carta debía causar un cierto impacto en el matrimonio Donoso, muy hispanófilo; debían comentarla en privado con amigos y colegas. Algunos aspectos de la misma habían sido tratados, asimismo, por Gabriela en otras misivas... Sea como fuere, unos días después el contenido de la carta apareció generosamente glosado en un artículo firmado por un tal Miguel Munizaga (nacido en La Serena, donde Gabriela había recogido tristes experiencias), en una revista católica santiaguina. De dicho artículo se hicieron eco los periódicos: *El Imparcial*, *El Mercurio*, *Diario Ilustrado*..., los españoles residentes en Santiago polarizaron el escándalo con una campaña en defensa de España exigiendo del Gobierno chileno la inmediata destitución de Gabriela Mistral. No fue necesario la escritora comprendió que la cosa no tenía remedio y renunció.

En los meses que siguen, sin embargo, Gabriela intentará por todos los medios justificarse. Por ejemplo, envía un artículo de réplica a dicha campaña: «Respuesta a un manifiesto de españoles», que fue publicado en *El Mercurio* de Santiago de Chile (8-11-1935) y también, aunque no íntegro, en *El Sol* de Madrid, a cuyo cuerpo de colaboradores pertenecía la escritora. En dicho artículo apela a su

12. Posiblemente, y es un suponer, a raíz de su violento enfrentamiento con Federico de Onís en Nueva York. Escribió años después a Palma Guillén (Lisboa, 1935), que allí «se le hizo España». Y cuando entró en la atmósfera reseca de Castilla y «fue conociendo sus especímenes, comprobé que eso era la patria de los Onises, el zoológico en pleno» (*A.M.*, III, 233).

sostenida labora de divulgación de la cultura española. Su argumento viene a ser: llevo años escribiendo sobre España y ustedes, ¿lo van a olvidar todo por los deslices contenidos en una carta? Gabriela Mistral debía tener, no obstante, sólidos y fervorosos enemigos en su país que se dedican a enviar copias de la carta a «varias personalidades españolas y aun a periódicos» y en ellas vienen subrayados con lápiz rojo los pasajes más dolientes¹³. Obteniendo poco éxito, hay que decirlo, pues tanto la prensa madrileña como los escritores y personajes públicos a quienes llegó la carta, respondieron en conjunto de una manera ejemplar y llena de nobleza. Pese a la lógica indignación —expresada asimismo por el gobierno español ante la embajada chilena, aunque sin repercusiones, pues no se solicitó la destitución de la escritora— nadie contestó, manifestando así una voluntad de echar tierra al asunto cuanto antes. Como es natural, Gabriela dejó de colaborar en la prensa madrileña. A los cuatro meses se fue a Lisboa y en Madrid la sustituyó Neruda. Nunca volvió a España, pero el episodio fue una vena abierta que sin duda agudizó una sensibilidad suspicaz muy castigada y por este tipo de contrariedades.

Nada más instalarse en la capital portuguesa escribe una breve carta a sus antiguos amigos (Armando y María), fechada el 10 de noviembre de 1935, todavía confundida por no haber recibido ninguna explicación de su parte, ¿cómo pudieron dar publicidad —se pregunta la escritora— a una carta llena de confesiones personales? La nota concluye así:

«Aprendan de este escándalo, aprendamos todos: ustedes a cuidar las cartas recibidas; yo a cuidar las que mando.

Los españoles dicen “Hasta siempre”, yo les digo ahora “Hasta nunca”.

Firmado: Gabriela Mistral¹⁴.

Con el tiempo, G. M. conseguirá desasirse, en parte, de tan lamentable experiencia y así, un año después, al escribir un sentido artículo —un «recado»— a propósito de la muerte de Teresa de la Parra, dice:

«El único daño real que yo debo a la españolada santiaguina que me hizo dejar los Madrides es la pérdida de los últimos días de Teresa de la Parra, a los cuales yo no pude asistir. Una tontería imperdonable tuvo la culpa de que yo no peinase para la sepultura, con Lydia Cabrera, aquella cabeza querida y de que no peinase mi mano criolla, sobre la caja, la piedra y el suelo extranjero que apretujaron y recibieron su forma»¹⁵.

¿No recuerda ya Gabriela sus enormes esfuerzos por abandonar una ciudad que le disgustaba en extremo? Es cierto que los hechos siempre acaban confundándose

13. Véase el oficio de la Embajada de Chile en España, núm. 177/356. Cito por *A.M.*, III, 242.

14. *A.M.*, III, 246-247.

15. En «Segundo recado sobre Teresa de la Parra» (1936), recogido en la revista venezolana *RNC* (1989), núm. 275, p. 53.

en la memoria (más todavía cuando son presa de sentimiento incompatibles) y sus efectos suelen amortiguarse hasta restablecer el orden deseado, lo que debía haber sido. Cuando después de la concesión del Premio Nobel escribe a una amiga (?) refiriéndole la recepción de un libro de homenaje preparado por escritores españoles comenta:

«Nuestra noblota Carmen Conde traginó entre mis amigos de allá (España) ese montón de adhesiones dedicadas a una republicana que fue echada de España por la República»¹⁶.

No es cierto —¿no recuerda ya Gabriela el desdén y la hostilidad que le inspira el gobierno de Azaña?—, pero..., ¿qué derecho tenemos de combatir ese tipo de reacciones, tan humanas? Y, siendo prácticos, la reserva que desde un comienzo había expresado G. M. con todo lo español le confirió una ventaja para aproximarse a sociedades diferentes, más acordes con su inclinación.

IV

Su segundo libro de poemas, *Tala*, aparece en Buenos Aires tres años después (1938): en algunos de sus poemas —quien conozca la naturaleza del triste episodio madrileño— comprenderá el alcance de ciertos versos. Cuando, por ejemplo, en «Recado de nacimiento para Chile» refiere el de una niña a la que pusieron su nombre, la escritora pide para ella que se la eduque libremente, que hable tarde y sin fajas que la opriman. Que mire al mundo familiarmente, mas..., que añadan en aquel conjuro «que no tenga mi suelta imprudencia, / que no labre panales para osos / ni se ponga a azotar los vientos...». Esa era, finalmente, su vivencia poética del episodio en cuestión. Hay otras referencias, más oblicuas —«me han traído a país sin río, / tierras-Agar, tierras sin agua; Saras blancas y Saras rojas, / donde pecaron otras razas /» (*Materias*)—. Todas, no obstante, expresan el mismo desconcierto, idéntico desarraigo emocional (compensado con un progresivo enraizamiento con la Naturaleza): «Hacía años que no paraba, y hacía más que no dormía. / Casas en valles y en mesetas / no se llamaron casas mías» (*Recados*). No siente pues Gabriela las casas de Madrid (pues fueron dos) como suyas. Y en un poema hasta hace poco inédito y fechado en febrero de 1942 (*Petrópolis*): «La trocada», oímos de nuevo su queja amarga, la protesta por lo que nunca debió ocurrir:

«Así no fue como me amaban
y ando por eso desalentada.
Serían aquéllos los metales

16. En *Gabriela Mistral*, de Carmen Conde, Madrid, Epesa, 1970, p. 65.

donde el amor tuvo pena;
 serían los tristes líquenes,
 el descampado, la venteada.
 Acaso eran los sustentos:
 (piñón, cardo y avellana),
 que no querían como se odia
 y al mismo amor avergonzaban»¹⁷.

Acaso la soledad fue lo más permanente en la vida de la escritora («pues estoy tan sola / que se asombra de que haya mujer así sola / el cielo burlón»), que no después. Hasta siempre, Gabriela.

ANA CABALLÉ
 Universidad de Barcelona

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alegría, Ciro (1989): *Gabriela Mistral íntima*, Santiago de Chile, Antártica SA.
- Concha, Jaime (1987): *Gabriela Mistral*, Madrid, Júcar, col. «Los poetas».
- Díez-Canedo, Enrique (1983): *Letras de América. Estudios sobre las literaturas continentales*, México, FCE.
- González Ruano, César (1956): *22 escritores hispanoamericanos*, Madrid.
- Insúa, Alberto (1959): *Amor, viajes y literatura (Memorias)*, Madrid, Tesoro, Ediciones Siglo XX.
- Mistral, Gabriela (1958): *Poesías completas*, recop. de Margaret Bates y estudio preliminar de Julio Saavedra Molina, Madrid, Aguilar.
- (1986): *Desolación - Ternura - Tala - Lagar*, introducción de Palma Guillén de Nicolau, México, Porrúa.
- (1992): *Antología Mayor*, edición de Luis Alberto Ganderads, 4 vols., Santiago de Chile, Lord Cochrane SA.
- Teitelboim, Volodia (1984): *Neruda*, Madrid, Ediciones Michay SA.

17. Recogido en el artículo de Jaime Quezada: «Velo-velando o una poesía de la vigilia. Referencia sobre algunos poemas inéditos de Gabriela Mistral», en *RNC* (1989), núm. 275, Caracas, p. 22.